

## RESEÑAS

José Pedro Barrán, *HISTORIA DE LA SENSIBILIDAD EN EL URUGUAY*, tomo 1: "La cultura 'bárbara': (1800-1860)", Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1989, 263 páginas.

La cultura "bárbara" entre 1800 y 1860 en Uruguay constituye el objeto de este sólido y novedoso estudio del historiador José Pedro Barrán, a quien ya conocemos por sus destacados aportes a la historia rural de la Banda Oriental. Este libro es el primero de los dos que Barrán consagrará al análisis de la sensibilidad en el Uruguay del siglo XIX.

Para caracterizar las dos formas de sensibilidad que se suceden en el siglo XIX uruguayo, Barrán utiliza los términos de "bárbara" y "civilizada". Ellos revelan —nos dice—, con el prejuicio cultural y de clase con que fueron aplicados por los sectores dirigentes, cómo lo cultural se halló indisolublemente ligado a lo social. Lo social lo impregnó todo, al punto que —y como él intenta demostrar— ni siquiera las formas impersonales de la sensibilidad escapan a la influencia de los sectores dirigentes. De manera que, y en un esfuerzo por diferenciarse de los estudios que proponen relaciones de causa y efecto entre los fenómenos culturales y los sociales, Barrán trata de determinar, a través del establecimiento de las "funcionalidades" y de las "correspondencias", las sutiles relaciones entre la esfera de la historia de la cultura y la de la historia social. Esta perspectiva lo diferenciará igualmente, según juzga, de los estudios practicados por la mayoría de los investigadores franceses especializados en historia de las mentalidades.

Me parece, sin embargo, poco matizada la apreciación que realiza Barrán de la historia de las mentalidades en Francia, pues, entre 1960 y 1980 son numerosos los historiadores franceses que pasaron de la historia social a la de mentalidades: Robert Mandrou, Georges Duby, Maurice Agulhon, Pierre Chaunu y Michel Vovelle, por no citar sino a los más representativos. Igualmente, surgieron nuevos historiadores de las prácticas culturales, como Roger Chartier. La mayoría de ellos sigue concibiendo a la historia de las mentalidades como el estudio de las complejas mediaciones entre la vida real de los hombres y la imagen o representación que de ella se hacen. Aunque los hay también que, repudiando la historia social, insisten en la autonomía de los fenómenos de "mentalidad".

Barrán encabeza su libro con un breve pero útil estudio del entorno geográfico, económico, social y político propio de cada período. Lo social no se limita sin embargo a esto; por el contrario, las múltiples mediaciones entre la esfera de lo social y de lo cultural atraviesan todo el texto gracias al empleo de un amplio conjunto de fuentes de gran riqueza. En el tratamiento de estas fuentes Barrán supo combinar, con fino cuidado, la cita ilustrativa con el muestreo cuantitativo para medir el peso, la tendencia o la difusión social de ciertos sentimientos y comportamientos colectivos de la primera mitad del siglo XIX.

En el atractivo camino que Barrán nos hace recorrer en este primer volumen, descubrimos las formas que adoptó la cultura "bárbara" en su particular actitud ante la violencia física, ante la fiesta, ante la sexualidad y, sobre todo, la relación del hombre con su muerte y la de los otros. Las actitudes ante la vida y la muerte cubren, a su entender, los problemas básicos de toda cultura. Ello conduce a Barrán a afirmar que analizar "la violencia, el juego, la sexualidad y la muerte nos acercará a la médula de esa época, a los rasgos colectivos y seguramente intransferibles de una forma de sentir" (pp. 12-13).

El libro cuenta con 11 capítulos: el primero destinado al entorno socioeconómico; el segundo y tercero al castigo del cuerpo en su doble manifestación de violencia privada y estatal; el cuarto, quinto y sexto a la cultura lúdica, es decir, a la risa, el juego, la exuberancia del cuerpo, el carnaval y la fiesta religiosa; el séptimo a la percepción y reflexión sobre la sexualidad; el octavo y noveno a la muerte; el décimo a la sentimentalización de la vida y a la esfera de lo íntimo; y el último a las primeras reformas impuestas por la sensibilidad "civilizada" a la "bárbara".

Esta cultura "bárbara" se distinguió por lo que el autor llama una sensibilidad de "excesos" en el juego y en el ocio, en la sexualidad, en la violencia, en la exhibición "irrespetuosa" de la muerte, que practicaron no solo los sectores populares sino en diversas ocasiones la mayoría de las clases dominantes. No podemos dejar aquí de advertir los nexos y las afinidades entre esta cultura y el singular paisaje de la Banda Oriental que —como bien lo muestra Barrán— alentaba el ejercicio de todos los sentidos en correspondencia con una demografía de "excesos" en la natalidad, la mortalidad y la tasa de masculinidad, una economía y una sociedad que promovían "la libertad física" y el ocio junto a una ganadería y una vida política enlazadas con la violencia física. Dentro de este entorno se constituyó la sensibilidad "bárbara".

A diferencia de la sensibilidad "civilizada" que prefirió la represión del alma, la "bárbara" —advierte Barrán— usó y se consustanció con el castigo del cuerpo: "La conversión del suplicio y la muerte en espectáculo es lo típico de la sensibilidad 'bárbara', lo que nunca fue modificado desde el siglo XVIII hasta por lo menos 1860" (p. 60). La autoridad del padre, como la del Estado "bárbaro", se creía y se quería basada más en el temor y el respeto que en el cariño o la adhesión sentimental de los súbditos a la nación. La cifra muy alta de abandonos, de infanticidio, el uso de la faja en los recién nacidos y la incidencia de las amas de leche en la alimentación de los hijos de las clases acomodadas, que se desprende de la lectura y análisis de los diarios de la época, y que parecen caracterizar la relación madre-hijo antes de 1860, apoyan esta tesis. De manera que la violencia política, lo que la historiografía clásica percibió siempre, es, en verdad, un capítulo de otra violencia más general e indeterminada, que constituye uno de los componentes básicos de la sensibilidad "bárbara".

Otro rasgo característico de la sensibilidad "bárbara" fue la risa. Pero esta risa raras veces se proponía la sátira social o política, no cuestionaba el orden social vigente, emergía del inconsciente aún no enteramente preso por el freno de la cultura; sin embargo, observa Barrán será igualmente considerada peligrosa para el futuro orden "civilizado" porque expresa la libertad de las pulsiones. La risa se acompañaba del juego y de los movimientos desenfadados del cuerpo. En la sociedad "bárbara" todos jugaban en las fiestas del verano y el otoño. El carnaval se ubica en el primer lugar, pero igualmente se jugaba a las carreras de caballos y de embolsados, al palo enjabonado, a las carreras de sortijas, etcétera. Barrán va más allá y arriesga una interpretación al considerar incluso a

la política de la época como un juego donde debía ganar el “más diestro en mañas”. Volvemos sobre esto.

El carnaval fue la gran fiesta y el juego de la cultura “bárbara” en Montevideo. Los contemporáneos definieron el estado de la gente en esta fiesta con el término de “locura”, en el sentido de libertad del cuerpo y del alma. En el carnaval afloraban todos los deseos y las personalidades escondidas. La violencia, la libertad sexual, y, sobre todo, la irrespetuosidad de los de abajo para con las mujeres de los de arriba se señala como el rasgo distintivo de este carnaval. El carnaval “bárbaro” fue el juego de la suprema transgresión: no perdonaba a ninguna autoridad, tuviera el origen que tuviera.

Los testimonios consultados —viajeros, prensa, memorias— ponen al descubierto el protagonismo femenino en el mismo. En esos días caía el “pudor” y el “recato” femeninos. Barrán señala que si bien los portavoces de la sensibilidad “civilizada” lo denunciaban, en general lo aceptaban. En 1839, por ejemplo, *El Nacional* transcribió un artículo de un periódico de Buenos Aires donde se leía: “¿Qué se pierde con que las chicas tengan tres días de confianza con los mozos, después que todo el año se están mirando sin tocarse como si fueran alfeñiques?” (p. 127).

Es interesante la comparación que Barrán establece entre la manifestación de las transgresiones en el carnaval europeo del siglo XVII y las del carnaval uruguayo: mientras que en Europa éstas dan testimonio de lo lejos que estaba “el mundo del revés”, que se instalaba esos tres días, del mundo del derecho vigente el resto del año, en el Uruguay “bárbaro”, en cambio, las transgresiones revelan lo próximo que se encontraba “el mundo del revés” de la realidad de todos los días. El carnaval dejaba sueltas todas las pulsiones, pero no resultaba ser más que una especie de clímax de la tendencia general de aquella cultura a reprimirlas escasamente.

El juego también impregnó la religiosidad popular y aun la eclesial, pues de una cuarta a una quinta parte del año consagró la sociedad “bárbara” al ocio, siendo la justificación religiosa, afirma Barrán, la principal razón alegada para prohibir las “obras serviles”. La fiesta religiosa, al ser vivida con regocijo popular, sacralizaba el juego.

Con los términos de “Excesos en el uso de la Venus”, tomados por Barrán de una “noticia sobre el estado de los campos de la Banda Oriental” de 1794, se describen las conductas sexuales de la cultura “bárbara”. El amancebamiento, los raptos, el adulterio, el incesto e incluso la homosexualidad y el bestialismo parecen muy extendidos en el Uruguay de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Si a ello agregamos el “descaro” de las mujeres, al que ni siquiera escapan las “decentes” y la sexualidad satisfecha en la pubertad, tendremos un cuadro completo del comportamiento sexual de los uruguayos de esta época, en la que la “impureza”, a decir de Barrán, era considerada el menor de los pecados.

El clero, por su escasez y aislamiento, participaba en gran medida de las conductas de la mayoría de la población, tal como, por ejemplo, lo vemos en el diario *La Tribunita*, que en marzo de 1867 relata, sin criticar, que “en la calle 18 de julio, un sacerdote italiano jugaba al carnaval desde el balcón, haciendo uso de una palangana que en uno de los lances fue a parar, con el agua que contenía, sobre la cabeza de un paseante” (p. 153).

Luego de abordar la actitud hacia la vida en su relación con el juego, la violencia y la sexualidad, Barrán emprende el análisis de la actitud hacia la muerte en la sensibilidad “bárbara”. La cultura “bárbara”, recordémoslo, convivió con la muerte como hecho familiar y frecuente. La tasa de mortalidad —nos indica Barrán— alcanzó cifras anuales en

torno al 30 por mil habitantes, el triple de las actuales. Sin embargo, en períodos normales la sensibilidad “bárbara” promovió todas las formas imaginables de lo macabro. Pero, tal vez, la gran originalidad de la muerte en la cultura “bárbara” fue su carácter social: se debe morir siempre en familia, rodeado de los seres queridos.

Por último, la exuberancia del instinto presente en todos los aspectos de la cultura “bárbara” se manifestó en el tono altamente cargado de afectividad que asumieron en esta época todas las relaciones (políticas, comerciales, vecinales, amistosas, etc.) entre los hombres. Por ello, sentimiento y pasión fueron inseparables de la política. Tal vez aquí —y aunque sin duda esta manera de abordar el tema nos permite entender mejor las razones de la importancia que en la época adquirieron la amistad y la enemistad masculinas puestas de manifiesto, por ejemplo, en la correspondencia entre los caudillos— se deba matizar un poco la afirmación de Barrán de que la política era una de las formas que asumían la amistad y el odio (p. 209).

Para finalizar, y como avance del tema que desarrollará en el segundo volumen, Barrán aborda en el último capítulo de su libro algunos aspectos del pasaje de la sensibilidad “bárbara” a la “civilizada”. De acuerdo con los testimonios recogidos por Barrán, este pasaje no fue el producto de una obra anónima y colectiva sino el resultado del accionar de ciertos protagonistas del cambio: los reformadores borbónicos, algunos cabildantes, miembros del clero, determinados presidentes, etc. Es decir que el impulso se debió menos a las clases altas que a los dirigentes de las mismas. Estos lograrán con éxito en la segunda mitad del siglo XIX —momento en que se inicia la modernización social, económica y política del Uruguay— reemplazar el castigo físico por la más eficaz represión del alma; el desparramo del cuerpo por su encorsetamiento; la sexualidad “licenciosa” por la puritana; el predominio de lo lúdico por la obsesión del trabajo y su diferenciación absoluta del juego; y la muerte exhibida y familiar por la muerte alejada, negada y terrible.

Es posible, sin embargo, que el resultado de este estudio sobre la cultura “bárbara” contradiga parcialmente el punto de partida de Barrán. En la introducción nos anuncia que este análisis de la sensibilidad revelará cómo ni siquiera las formas casi impersonales de la misma escapan a la influencia de los sectores dirigentes. En todo caso, y para este primer volumen, quedó demostrado con profusión de ejemplos el amplio espacio de prácticas culturales compartidas entre los sectores populares y las clases altas. Solo con el tiempo se irán separando de esta cultura, vivida en este período todavía como común aunque sin duda llena de tensiones sociales, las clases altas, representadas por los propulsores del nuevo proyecto de sensibilidad “civilizada”.

A pesar de esta observación *La cultura “bárbara”* de José Pedro Barrán constituye un estudio excepcional sobre las “mentalidades” en el Río de la Plata colonia e independiente. Concebida con espíritu científico, con una gran riqueza de fuentes y con rigurosidad metodológica, constituirá sin duda un modelo para investigaciones posteriores. Demás está decir que este estudio otorga un sentido de conjunto, nuevo y esclarecedor, a los comportamientos y sentimientos de una época que justamente por esos rasgos culturales tan peculiares —descritos por el autor— mereció no pocos juicios valorativos por parte de una historiografía a veces más preocupada por exponer sus propios valores que por describir los de la época examinada.

La necesidad de encontrar explicaciones más rigurosas a los comportamientos colectivos no surge —por último y felizmente— solo en el investigador, pues ella queda demostrada asimismo por la muy entusiasta recepción que mereció esta obra en el Uruguay,

donde en apenas un año y medio (la 1ª edición es de setiembre de 1989 y la 7ª reimpresión de febrero de 1991) se publicaron 8.500 volúmenes de *La cultura "bárbara"*.

NOEMÍ GOLDMAN

Carlos Escudé, *EL FRACASO DEL PROYECTO ARGENTINO. EDUCACIÓN E IDEOLOGÍA*, Instituto Torcuato Di Tella - Editorial Tesis, Buenos Aires, 1990, 207 páginas.

En este trabajo, Carlos Escudé aborda el estudio de las orientaciones pedagógicas impresas a la enseñanza primaria argentina durante la primera mitad del siglo XX. Se trata de una historia de las ideas que inspiraron a la enseñanza básica y se transmitieron a través del aparato educativo. Más específicamente, Escudé realiza un análisis histórico de las ideologías que inspiraron al Consejo Nacional de Educación y a su publicación periódica *El Monitor de la Educación Común*, fuente central utilizada en esta obra.

Según Escudé, a principios de 1908 se imponen en el campo educativo argentino posturas de neto corte autoritario que configurarán lo que denomina "educación patriótica". El clima liberal y desarrollista de la ley 1.420 queda sepultado. El liberalismo es derrotado y la educación fomentará desde entonces un espíritu netamente autoritario, dogmático y militarista. En la primera década del siglo se asiste a una batalla entre las orientaciones liberales y las autoritarias. Durante esos años, la necesidad de fomentar la educación patriótica habría sido sentada por personalidades como R. Rojas y C. O. Bunge. Este último había afirmado que, dado que en las sociedades actuales no había unidad de origen étnico, ni lingüístico, ni de religión, la unidad social debía buscarse en algo diferente: en el sentimiento de patria. Para cultivarlo, el Estado, no poseía campo más apto que el de la escuela. Según Escudé, en los textos que abogan por una educación de este carácter se halla presente el temor por la pérdida de una identidad nacional que, por otro lado, nunca habría sido definida con precisión. De acuerdo con el autor, la clase dirigente creía necesario salvaguardar un difuso e indefinido carácter nacional criollo o preinmigratorio que pensadores como C. O. Bunge consideraban que se estaba volviendo caótico como consecuencia del alud inmigratorio. En esta suerte de "paranoia cultural" parece radicar el origen de las reformas de la llamada educación patriótica "que buscaba adoctrinar, uniformar y difundir mitos nacionales recién inventados y crear una nación (artificial) a partir de un Estado que fue un accidente histórico político" (p. 2).

En este contexto se produce un vuelco central con el ascenso, en 1908, de J. M. Ramos Mejía a la presidencia del Consejo Nacional de Educación. Este proyecta una profunda reforma basándose en la idea de la educación patriótica. Los programas que elaborará a partir de 1910 Ernesto Bavio tenderán a agudizar el carácter nacionalizante de la educación. Desaparece la preocupación por una educación para el desarrollo y se formula un proyecto extremista que pretende generar irracionalidad exaltando sentimientos fanáticos a través de la enseñanza. Este proyecto que parte de una concepción estática de la nacionalidad a la que busca consolidar en formas definitivas estará plenamente asentado hacia 1913 y seguirá teniendo plena vigencia durante toda la primera mitad del siglo XX.

En la segunda mitad de la década de 1910, sin embargo, se advierten algunos cambios leves. Los discursos militaristas, todavía presentes, pierden la hegemonía de antaño

y se observa una reacción frente a las variantes más agresivas del nacionalismo. Hay por entonces una mayor conciencia de los excesos del patriotismo y las críticas a la educación patriótica están más extendidas. Posteriormente, a partir del año 1930 se agudizan según Escudé las orientaciones pedagógicas autoritarias y nacionalistas. La novedad radica en la infiltración en la enseñanza del catolicismo, asumido ahora como un símbolo más de la nacionalidad. A partir de 1937 se sientan las bases religiosas en que debe sustentarse la enseñanza. En 1943 se instaure de manera efectiva la enseñanza católica y desde 1944 se acentúa el componente militarista. Con el ascenso del peronismo se traslada el énfasis de lo patriótico a lo partidario y se legitima la apelación a métodos autoritarios. En todos estos aspectos, sostiene Escudé, el peronismo continúa y agudiza tendencias ya existentes. Subraya así el autor la continuidad que existe entre gobiernos y regímenes diferentes. En síntesis, a lo largo de este período de casi medio siglo se marcha hacia la consolidación de la irracionalidad en la cultura y se asiste al fomento de la “megalomanía nacionalista” y del mito de la superioridad argentina. En esta perspectiva, es útil señalar la vinculación que establece Escudé entre este libro y los estudios sobre política internacional argentina que ha desarrollado en los últimos años. El análisis histórico de los contenidos educativos, insiste Escudé, es central para la comprensión de la irracionalidad en los comportamientos políticos, tanto internos como internacionales.

Por último, en sus conclusiones, Escudé formula diversas hipótesis: considera que el modelo del *homo patrioticus* que se generó en la Argentina consolidó una *gestalt* cultural que incluía cinco dimensiones principales: autoritarismo y militarismo, nacionalismo político y económico, tendencia al dogmatismo y falta de seriedad en las cuestiones intelectuales, altas expectativas sobre el futuro bienestar del individuo y de la sociedad, y un grado creciente de igualitarismo social.

El libro de Escudé contiene aportes valiosos para la historia de los contenidos educativos y de la educación argentina. Es el primer autor que aborda este problema intentando abarcar un período cronológico relativamente extenso. Sin embargo, su lectura nos plantea ciertos interrogantes vinculados con ejes centrales del trabajo. Uno de ellos se refiere a las relaciones entre el pensamiento liberal de principios de siglo, la idea de nación, el nacionalismo, el patriotismo y el autoritarismo en materia educativa “se viste de liberal” en figuras como J. V. González y J. Ramos Mejía. Hace alusión a lo largo de su libro a elementos de distinta índole que caracterizarían la educación patriótica que estos pensadores habrían impulsado, como la prohibición del uso de la lengua extranjera en las escuelas, la búsqueda de la homogeneidad cultural, el fomento del patriotismo. ¿Eran estos elementos contradictorios con la esencia de las ideas liberales entonces en boga? Un pensador insospechado de autoritario o nacionalista como Stuart Mill escribe en una de sus obras fundamentales:

las instituciones libres son casi imposibles en un país compuesto de nacionalidades diferentes, en un pueblo donde no hay lazos de unión, sobre todo si ese pueblo lee y habla distintos idiomas. No puede producirse en tales circunstancias la opinión pública indispensable para la obra del gobierno representativo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> J. Stuart Mill, *Del Gobierno representativo*, Madrid, Tecnos, 1985, p. 182

De acuerdo con este criterio, proveniente de uno de los pensadores más relevantes del liberalismo, gran parte de las ideas sobre la educación, sobre la noción de patria y patriotismo que habrían sustentado pensadores como J. V. González se sitúan dentro de la más pura tradición liberal, si bien quizá no se encuadren dentro de la definición de liberalismo que proporciona Escudé. Por otra parte, y hay que tener en cuenta que en los procesos de formación de los estados nacionales basados en el sistema representativo liberal, el sentimiento nacional se crea mediante la imposición al conjunto de los ciudadanos de ciertos contenidos característicos de la nacionalidad, como la lengua. La gran mayoría de los estados del continente europeo (no solo Alemania) centralizaron el poder y crearon el sentimiento nacional, como afirma Bobbio, a través de institutos de reclutamiento obligatorio, de la escuela, de la centralización administrativa, etcétera.

Por otro lado, se subraya demasiado la idea de una continuidad en la política educativa a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Esto supone ciertos riesgos. Se soslayan así los profundos cambios que se producen en el desarrollo del pensamiento nacionalista desde fines de la década del veinte. Evidentemente las ideas sobre la educación patriótica y nacionalista que inspirarían a un J. V. González o a un R. Rojas eran profundamente diferentes a las de un G. Martínez Zubiría. También es preciso tener en cuenta que se ha tomado una sola fuente *El Monitor de la Educación Común*, y sería necesario establecer hasta qué punto su estudio es suficiente para relevar las orientaciones ideológicas de la pedagogía argentina. Por último, creemos que Escudé no se detiene a analizar en profundidad el debate educativo de principios de siglo, en especial la reacción contra el exagerado utilitarismo y profesionalismo predominante en todas las ramas de la enseñanza, debate que se articula estrechamente con la temática de su obra.

En síntesis, a pesar de los interrogantes que se plantean en relación con muchos de los conceptos y afirmaciones vertidos en él, este libro constituye una obra de singular importancia para todos aquellos interesados por los problemas referentes a la historia de la educación argentina.

PABLO BUCHBINDER

Roberto Cortés Conde, *DINERO, DEUDA Y CRISIS: EVOLUCIÓN FISCAL Y MONETARIA EN LA ARGENTINA*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana - Instituto Torcuato Di Tella, 1989, 274 páginas.

La historia monetaria de Argentina es de las más complejas de la América Latina, lo que no es poco decir en un subcontinente que ha batido las marcas mundiales en materia de índices de inflación y de número de reformas monetarias en los últimos decenios. Pero, como nos sugiere Cortés Conde en su nuevo estudio, esta compleja y traumática experiencia monetaria no ha despertado aún suficiente interés por parte de los historiadores económicos contemporáneos en Argentina. Al contrario, la mayoría se han visto atraídos por lo que él denomina "los aspectos reales de la economía", o sea, el análisis empírico de la evolución de la agricultura y la ganadería, la industria, el comercio exterior y los mercados de tierra y trabajo. En cambio, los estudios de los fenómenos monetarios han provocado menos interés, a pesar de su enorme importancia tanto en el siglo XIX como en el siglo XX.

Nada extrañamente, el propio Cortés Conde ha transitado este mismo camino y ha publicado en su ya larga carrera profesional una serie de sugestivos e influyentes trabajos sobre comercio exterior, mercados de tierra y mercados de trabajo, entre otros. Ahora nos presenta un estudio distinto, que ofrece una perspectiva novedosa de aquella época crítica en la formación de la economía argentina que fue el período que abarca desde la unificación nacional en 1862 hasta la crisis financiera y política de 1890.

La importancia de este libro desde el punto de vista de su contribución empírica y analítica es innegable. Sin embargo, su difícil y poco fluida escritura no alentará a los lectores potenciales, por lo que resulta necesario resaltar sus principales contribuciones. El nuevo libro de Cortés Conde resulta especialmente estimulante y, a la vez, polémico porque obliga a replantear muchas de las hipótesis que sirvieron de base a los trabajos clásicos de autores como John Williams o Alec Ford, los que han tenido una influencia considerable fuera y dentro de Argentina. Dichos estudios, se recordará, partieron de la hipótesis de que el caso argentino de fines de siglo pasado tenía un interés especial para comprobar o confrontar algunas de las teorías vigentes acerca del patrón oro y su funcionamiento al nivel internacional. Tanto Williams como Ford se preocuparon por analizar sobre todo variables del comercio exterior y de los movimientos internacionales de capitales a fines del siglo pasado. El libro de Williams, publicado en 1920, ofreció las primeras estimaciones confiables de estas variables para los decenios 1880-1900, construidas, dicho sea de paso, a partir de materiales consultados en la Biblioteca Tornquist. Años más tarde, Ford, por su parte, agregó a estas series unas nuevas estimaciones de emisiones de capital para la Argentina en los mercados financieros británicos entre 1880 y 1914.

Lo que plantea Cortés Conde es que este énfasis en los factores internacionales no explica satisfactoriamente la evolución de la economía argentina ni en el corto ni en el largo plazo. Para ello, es necesario prestar una atención mayor y específica a la evolución de dos elementos que él considera decisivos: los cambios en la oferta monetaria y las tendencias concretas de las finanzas públicas, ambas estrechamente entrelazadas.

Para cumplir con su cometido el autor de *Dinero, deuda y crisis* ha realizado dos tareas de importancia para la historia económica argentina. En primer lugar, ha construido las primeras estimaciones serias de la oferta monetaria para la economía argentina entre 1862 y 1890 con base en un análisis cuidadoso de las cifras calculadas de circulante y de depósitos en los principales bancos de la época. Esta tarea es ardua por lo complejo y cambiante de la legislación monetaria de la época. Por ejemplo, para calcular la oferta monetaria hasta 1881 es indispensable realizar dos estimaciones, una de pesos papel y otra de pesos fuertes, por el hecho de que coexistieran dos tipos de circulante con validez legal. Por otra parte, Cortés Conde es el primer historiador que se ha tomado en serio la necesidad de estudiar con cuidado las estadísticas bancarias argentinas de la época, consultando las memorias de las instituciones bancarias estatales (que dominaban el mercado monetario a un grado superior al de cualquier otro país latinoamericano contemporáneo) con el objeto de reconstruir las principales variables monetarias bancarias.

En segundo lugar, Cortés Conde efectúa una labor igualmente significativa y difícil al reconstruir las cuentas nacionales de las finanzas del gobierno nacional a partir del laborioso análisis y proceso de desagregación y agregación de las diferentes series oficiales publicadas. El autor explica en algún detalle la justificación de las series que presenta en los apéndices y el lector queda satisfecho de que la metodología utilizada es satisfactoria. Con estos datos en la mano, es posible por primera vez efectuar estimaciones confiables



tanto de las principales tendencias impositivas durante estos tres decenios críticos como de la distribución de los gastos del Estado.

En lo que se refiere a la parte narrativa del trabajo, debe señalarse que el autor ha seguido un camino conservador pero seguro, que consiste en analizar las políticas monetarias y financieras a partir de cada administración presidencial. Así se revisan los cambios, a veces dramáticos, en las estrategias fiscales, monetarias y bancarias que adoptaron los gobiernos de Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca y Juárez Celman. En cada capítulo se cubren varios temas, pasando de una revisión general de la problemática política y económica para luego adentrarse en el análisis detallado de las finanzas públicas y de las políticas monetarias.

Una de las nuevas propuestas que formula Cortés Conde se refiere a la forma en que "pensamos" la crisis de 1890. Tradicionalmente, se ha puesto el énfasis en los factores externos como elementos desencadenantes de la famosa crisis financiera. En primer lugar, y de acuerdo con Williams, la suspensión de flujos de capitales externos fue decisiva en provocar la quiebra de las finanzas nacionales y de los bancos estatales. En segundo lugar, se suele resaltar el impacto de la bancarrota de la propia casa de Baring Brothers en Londres como factor también determinante. Cortés Conde modifica la ecuación tradicional y argumenta que fueron los factores internos de mayor importancia, en algunos sentidos, que los externos, los que crearon un creciente desequilibrio económico. Ello se debió en primer lugar a la equívoca combinación de políticas fiscales y monetarias adoptadas desde 1885, con la suspensión de la convertibilidad, lo que provocó una progresiva caída de los ingresos fiscales del Estado. Ello, a su vez, afectó al conjunto de políticas financieras y bancarias, estimulando una primera etapa de extraordinaria especulación y posteriormente otra etapa de desconfianza y de fuga de capitales, poco antes del estallido de la crisis. La firma de Baring Brothers, por lo tanto, no provocó la crisis sino que fue simplemente un importante actor en una economía en la que las decisiones claves eran las monetarias y fiscales adoptadas por los responsables de la Hacienda argentina.

La lectura de *Dinero, deuda y crisis*, insistimos, no es fácil. Requiere un esfuerzo concienzudo por parte del lector por lo complejo del tema y del análisis y la abundancia de la información empírica. Pero, precisamente por estos motivos, es un texto necesario para una introducción a la economía monetaria y financiera de la Argentina para los alumnos de economía en las universidades del país y es, desde ya, una herramienta indispensable para los especialistas en la historia financiera del siglo XIX.

CARLOS MARICHAL

Dora Barrancos, ANARQUISMO, EDUCACIÓN Y COSTUMBRES EN LA ARGENTINA DE PRINCIPIOS DE SIGLO, Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1990, 327 páginas.

No caben dudas de que el paradigma anarquista contó con la adhesión de una parte significativa de los sectores populares urbanos de comienzos de siglo y contribuyó a forjar la identidad de los trabajadores. En este proceso las propuestas radicalizadas de los anarquistas se adecuaban perfectamente a una sociedad en la cual los trabajadores veían a menudo frustrados sus sueños de ascenso. Marginalidad social y política, heterogeneidad ét-

nica y cultural, fueron factores que permitieron a los grupos libertarios locales establecer una fluida relación con los sectores populares.

En general, este fenómeno de tan ricas connotaciones ha sido abordado por los historiadores casi exclusivamente desde su costado más visible, cual es la vinculación entre anarquismo y movimiento obrero organizado. Esta aseveración no es peyorativa, especialmente si pensamos en la sólida obra de Iaacov Oved, y tiene por objeto recalcar la notoria ausencia de un análisis encaminado a comprender los fenómenos vinculados con el campo más amplio de la cultura que abarca las representaciones simbólicas y los procesos sociales de producción y reproducción de dichas representaciones.

En esta línea se ha producido últimamente una interesante incursión, no solo desde la historia sino también desde la crítica literaria, destinada a desentrañar la compleja trama de la propuesta cultural del anarquismo. Es en este contexto donde hay que ubicar el interesante trabajo realizado por Dora Barrancos, puesto que es altamente saludable el intento de analizar y describir las concepciones libertarias sobre temas tan poco transitados como la educación, la eugenesia, el feminismo o “los placeres viciosos y otras prácticas descalificadas”, tal como los denomina la autora.

El resultado de este notable esfuerzo es desparejo y, al margen de los aciertos y defectos que hallemos en él, tiene el mérito indudable de los trabajos pioneros.

El libro está compuesto por dos partes claramente diferenciadas entre sí, no solo por la temática abordada sino también por el estilo narrativo y metodológico utilizado por la autora, que generan una tensión conducente hacia la coexistencia de dos libros distintos. El primero, referido a la educación, está escrito un poco al estilo de las clásicas historias del movimiento obrero, y en él predomina una descripción factual y cronológica de los hechos por sobre el análisis interpretativo. El segundo, en cambio, aborda con sutileza y riqueza de matices el análisis del discurso anarquista sobre temas vinculados con la cotidianidad.

La primera parte, titulada “Anarquismo y educación”, efectúa al comienzo una revisión de los principales conceptos educacionales sustentados por importantes pensadores libertarios como Godwin, Proudhon, Robin, Ferrer y el argentino Julio Barcos. Luego rastrea la actividad de la educación racionalista local durante las primeras tres décadas del siglo y la vinculación entre la Federación Obrera y la educación libertaria, para terminar con un capítulo dedicado a reseñar las actividades de la Liga de Educación Racionalista.

La autora reconstruye minuciosamente la actividad educativa libertaria con plena conciencia de contar con información escasa y parcial debido a la destrucción o pérdida de buena parte del reservorio documental respectivo. En el texto emergen, forzosamente en forma fragmentaria, las diversas experiencias educativas desarrolladas por los militantes libertarios. Indudablemente es meritorio el descubrimiento de esta problemática, aunque por sí sola la descripción de la actividad educativa libertaria soslaya algunos nudos problemáticos e interrogantes importantes.

En primer lugar, creo importante señalar que esta sección del trabajo de Dora Barrancos está cruzada por una tensión entre la descripción de las experiencias educativas y el análisis del discurso libertario en el que predomina claramente el primer factor. Así, el trabajo pierde profundidad debido a que las prácticas educacionales aparecen en cierta medida desgajadas del contexto sociocultural en el cual se generaron y llevaron a cabo.

Para comprender mejor los límites e inconvenientes prácticos que encontraron las

propuestas ácratas hubiera sido conveniente insistir sobre dos aspectos entre los que interiorizaba el anarquismo: por un lado, profundizar la compleja conformación del mundo del trabajo urbano, que es notoriamente diferente del mundo sindical y está ligado a las formas de vida y expectativas de los trabajadores en su conjunto. Por otro, parece fundamental desentrañar los mecanismos formales e informales a través de los cuales el Estado y los sectores dominantes operaban sobre el mundo del trabajo. La pobreza de los resultados obtenidos por el anarquismo local en el campo educativo está estrechamente vinculada con la eficiencia del aparato educador del Estado, que ofreció pocos resquicios a las propuestas alternativas. Por eso, no debe sorprender "la impensada adhesión" de Julio Barcos "no solo a la educación oficial, sino a la Unión Cívica Radical" (p. 70), pues es la expresión de la impotencia de una tendencia que al negar al Estado se aislaba fatalmente de la sociedad.<sup>1</sup>

Otro problema que aparece en esta sección, y con el cual quiero disentir productivamente, se relaciona con la excesiva importancia atribuida por la autora a los nexos entre el aparato gremial y el aparato cultural, donde el segundo aparece siempre subordinado al primero. Esto no siempre fue así, y a veces la intrusión de los sindicatos en los planes educativos y su impulso no pasaba de la declamación formal, evidenciando una manifiesta tensión entre "gremialistas" e "intelectuales". La mayor parte de las experiencias prácticas educativas que menciona la autora fueron impulsadas desde el aparato cultural libertario, el cual no estaba necesariamente vinculado al gremialismo en forma orgánica.<sup>2</sup>

En la segunda parte del libro se produce un viraje en la forma de enfocar los problemas y, centrado en el análisis del discurso anarquista, el texto nos revela hallazgos notables. El primero de los tres capítulos que componen esta sección se titula "De la metonimia sexual a la eugenesia renovada", y plantea cómo el discurso producido por el anarquismo en la sociedad finisecular local se inscribía en el marco de un lenguaje fuertemente anticlerical y secular. En este contexto, la transgresión de las costumbres desde el anarquismo se vehiculizó a través del discurso sobre la sexualidad. Según la autora, el mérito de esta acción radica en haber inaugurado, "en el circuito de las formas comunicativas públicas, la costumbre de hablar de sexualidad" (p. 248). Por supuesto, este discurso se articuló dentro de una tensión entre la propuesta transgresora y los límites impuestos por el contexto histórico, así como también por la propia concepción eugenésica sustentada por los libertarios.

En el capítulo "El feminismo del contrafeminismo anarquista" se indaga con sagacidad la postura que los grupos libertarios sostuvieron sobre el papel de la mujer en la so-

<sup>1</sup> Además, la vinculación o, mejor, la fuga de anarquistas hacia el radicalismo es más profunda de lo que parece. El tema merece profundizarse, y tal vez los lazos existentes entre el anarquismo español y el republicanismo lerrouxista sean una buena pista para estudiar el fenómeno en la Argentina. Véase, por ejemplo, J. Álvarez Junco. *La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo*, Madrid, Editorial Universidad Complutense, 1986.

<sup>2</sup> La Escuela Laica de Lanús fue, a mi juicio, una de las experiencias más interesantes de las que participó el anarquismo. Fue impulsada, entre otros, por Julio Barcos y mantuvo constantes controversias con las sociedades gremiales que la acusaban de no tener "carácter revolucionario". Véase, por ejemplo, la respuesta de los orientadores de la escuela a la crítica de la Sociedad de Caldereros en *La Protesta*, 16 de julio de 1907, pp. 1 y 2.

ciudad. Destaca Barrancos dos fases en este proceso, con un punto de inflexión en torno al final de la década de 1910. En ambos la característica central reside en que el discurso es elaborado e irradiado por el hombre. En la primera fase, el "feminismo" anarquista se sitúa por detrás del feminismo reformista burgués y atribuye a la mujer un papel reproductor y de abnegada devoción por el "compañero militante". En la segunda etapa, el feminismo libertario se ubica por delante de otras concepciones y elabora un discurso según el cual la mujer a partir de disponer del derecho sobre su cuerpo y la incorporación a las luchas sociales se habría autonomizado de la tutela del hombre.

El último capítulo ("Los placeres viciosos y otras prácticas descalificadas") es un interesante análisis de la concepción anarquista sobre el vicio y el uso del tiempo libre por parte de los trabajadores. El ataque a los vicios, especialmente al alcoholismo, se sustentaba en la concepción eugenésica cuyo objetivo central era la preservación de la especie humana para evitar la miseria material y moral. Desde esta perspectiva, reivindicaron una ética productivista que privilegiaba el trabajo realizado por el proletariado y renegaba de los "placeres viciosos" como el juego por dinero o el deporte masificado. Así, el anarquismo no rechazó la búsqueda de respuestas a los problemas ligados al dominio de lo cotidiano y lo doméstico.

Por todo ello, el libro de Dora Barrancos se constituye en un texto insoslayable para los buceadores de temas vinculados con el anarquismo.

JUAN SURIANO

Joseph Tulchin, *LA ARGENTINA Y LOS ESTADOS UNIDOS, HISTORIA DE UNA DESCONFIANZA*, Buenos Aires, Planeta, 1990, 314 páginas.

El reciente libro de Joseph Tulchin sobre la historia de las relaciones argentino-norteamericanas se presta a algunos equívocos. Es fácil caer en la tentación de compararlo a algunas obras ya clásicas, como el conocido libro de Peterson, o a estudios puntuales más recientes, o considerarlo una especie de manual sobre el tema, útil aunque incompleto en alguno de sus capítulos.

Pero el autor advierte bien en el prefacio que escribió su libro "sin proponérselo siquiera", como un resultado casi natural de haber realizado previamente diversos estudios y artículos sobre aspectos más puntuales de la tormentosa historia de la vinculación entre ambos países, y todo lector advertido debe tomar en cuenta esta confesión, que marca los límites del trabajo; pretender pedir otra cosa es seguir por caminos diferentes a los propósitos de Tulchin.

No es difícil señalar entonces, en pocas palabras, los desequilibrios del libro, que su propio origen hizo casi inevitables. Por un lado, Tulchin ha efectuado importantes y pioneros aportes al estudio de las relaciones diplomáticas y económicas entre Argentina y Estados Unidos en las décadas de 1930 y principios de los años cuarenta, lo que le sirve de sólida base para introducirse en la temática. Por otro, el propósito que lo guía no es el de seguir paso a paso los acontecimientos sino el de efectuar una síntesis interpretativa, aprovechando la bibliografía y la documentación disponible que, por cierto, disminuye considerablemente para los últimos 30 años.

En este sentido, el aporte de Tulchin a la historiografía sobre la cuestión es en algunos aspectos mayor que el de otros autores, como Peterson o Whitaker, sesgados por prejuicios ideológicos o políticos muy propios de la época en que escribieron sus obras. En especial, su análisis de las etapas anteriores a la llegada del peronismo al poder abunda en lúcidas reflexiones que posibilitan la comprensión de la problemática que atraviesa hasta nuestros días el curso de las relaciones argentino-norteamericanas.

El mérito de Tulchin para este período es el de intentar un doble enfoque. No se circunscribe solamente a examinar los vínculos económicos y políticos sino que procura aclarar un tema que forma parte de la mitología histórica de la Argentina: la comparación de su desarrollo con el de los Estados Unidos y la amarga verificación de sus destinos diferentes. Tulchin es en este sentido concluyente: a su juicio, el interrogante que suele tomarse como punto de partida, "¿qué hizo mal la Argentina?", es equivocado. No es cierto que exista alguna posibilidad de comparación, y menos aún que ambos países se distancien en sus procesos de desarrollo a partir del siglo XX o desde los años treinta. Las evoluciones históricas fueron diferentes desde el principio de su existencia como entidades nacionales.

Cuatro aspectos fueron para Tulchin los que marcaron esas diferencias en favor de los Estados Unidos: el papel del Estado, fundamental en el proceso de acumulación de capital; la temprana diversificación económica en favor de la industria; la naturaleza cualitativamente superior de la infraestructura de transporte y comunicaciones; y el momento (y modalidades) en que se produjo su inserción en la economía mundial. Habría que agregar también la matriz diferente de las formaciones agrarias en ambas naciones, que Tulchin no enfatiza.

El autor señala que en la Argentina se vivió una suerte de ilusión, basada en las percepciones distorsionadas que las clases dirigentes tuvieron de su propio país hacia fines del siglo XIX, particularmente en lo que hace a la posición de la Argentina en el mundo y a sus relaciones con la potencia del Norte. El modelo agroexportador, orientado primordialmente hacia Europa, marcó los límites de la política internacional del país. El "orden divino" de la división internacional del trabajo, como indica mordazmente Tulchin, impuso límites estrictos a los vínculos con una nación competidora en los mercados mundiales y con una proyección política amenazante en el continente. Estados Unidos tenía poco que ofrecer a la Argentina y esta, a su vez, no solo no parecía necesitar a los vecinos del Norte sino que se oponía tenazmente a las iniciativas de Washington en la región.

Así, en lo que es el principal mérito del enfoque histórico del libro, el autor ubica como causas fundamentales de las dificultades bilaterales factores internos de la economía y la política de ambos países: el "nacionalismo" antinorteamericano de la política exterior argentina se explica por la visión, fuertemente anclada en intereses económicos, de la propia elite liberal, proeuropea y, sobre todo, probritánica, fundadora del Estado y modeladora de la estructura productiva. Ese "antinorteamericanismo" de los sectores dominantes tradicionales —que retorna en períodos más recientes, como el de la última dictadura militar— tenía como base principal la conexión agroexportadora con Europa, sin ninguno de los atributos de la "política de poder" de las potencias de principios de siglo. A la vez, esta "visión" era reforzada desde los Estados Unidos por las oscilaciones que experimentaban las elites norteamericanas entre su voluntad de hegemonía y la indiferencia respecto del gobierno de Buenos Aires, fundamentadas tanto en las prioridades globales de la política exterior estadounidense como en el poder de veto de los sectores agropecuarios internos.

Sin embargo, este enfoque metodológico no se hace extensivo de igual modo para períodos posteriores y, en especial, para explicar los conflictos con Estados Unidos durante gobiernos como los de Yrigoyen y Perón. Las formulaciones nacionalistas emergentes entonces son interpretadas en buena medida, aunque con matices, como prolongación de conductas y prejuicios acunados en la matriz oligárquica. Se opera así un reduccionismo que no da cuenta de la creciente complejidad de la sociedad argentina, desapareciendo la correlación entre percepciones, ideologías y posiciones de política exterior y sus sustentos socioeconómicos internos. Aun cuando la estructura agroexportadora y las tradiciones diplomáticas correspondientes al mismo siguieron marcando con fuerza el rumbo exterior del país, los "nacionalismos", el sentimiento antinorteamericano y las políticas de neutralidad de los distintos gobiernos (conservadores, radicales, militares o peronistas) no pueden ser interpretados de manera idéntica. Los procesos de industrialización, los nuevos sectores sociales e ideologías emergentes y los cambios en el contexto mundial, permiten diferenciar claramente los contenidos que marcan las orientaciones diplomáticas y las opciones externas. La interacción entre factores internos e internacionales, entre sociedad, economía y diplomacia, es abandonada como método de análisis en la última parte del libro, privilegiando la explicación por la voluntad, ideología o percepciones de los gobernantes de turno. Esto se acentúa para los períodos más recientes, aunque, en este caso, las posibilidades de un abordaje riguroso y desapasionado disminuyen por el inevitable involucramiento del historiador en los hechos y por la escasez de estudios objetivos y material documental de primera mano.

En relación con las perspectivas sobre el curso actual y futuro de las relaciones bilaterales, el autor opina, oscilando entre la esperanza y cierto escepticismo, que la solución a la conflictividad en los vínculos debería radicar tanto en la modificación de una mentalidad nacionalista prejuiciada desde los orígenes del Estado argentino, como en la aceptación por parte de Estados Unidos de la realidad pluripolar del mundo actual y, consecuentemente, de los límites a su voluntad de poder. Es preciso preguntarse, como surge de las mismas páginas del libro, si estos cambios podrían obedecer a inspiraciones políticas o a la simple voluntad de sectores dirigentes, o requerirían transformaciones más profundas en el complejo tramado interno de ambos países y en un escenario económico y político internacional con marcadas desigualdades. También tendrá que ver la todavía no saldada discusión acerca del perfil de país que se desea y de las características que debe asumir su inserción en el mundo. De todas formas, el trabajo de Joseph Tulchin representa una innegable contribución y un estimulante acercamiento a una problemática que debe seguir siendo abordada minuciosamente, en especial para las décadas más recientes.

MARIO RAPOPORT

Marcelino Cerejido, *LA NUCA DE HOUSSAY. LA CIENCIA ARGENTINA ENTRE "BILLIKEN" Y EL EXILIO*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990, 164 páginas.

En 1990, en medio de una crisis editorial conmensurable con la situación general del país, las librerías porteñas sorprendieron a sus cada vez más escasos *habitués* con un libro de título curioso: *La nuca de Houssay*, cuyo subtítulo resultaba igualmente llamativo aunque

más dramático: "La ciencia argentina entre *Billiken* y el exilio". Quizá por el carácter inesperado de aquel título, quizá por el interés intrínseco de la materia, esta evocación histórica del médico Marcelino Cerejido gozó de un éxito de público tanto más notable dada la actual estrechez del mercado editorial local, accediendo a aquella consagración hoy casi inimaginable para un autor argentino: una segunda edición. Sin embargo, es desde la perspectiva del propio campo en el cual incursiona donde este libro cobra su principal significación, ya que representa un aporte valioso al estudio de la historia de la ciencia en la Argentina, hecho aún menos usual que su triunfo en el mercado.

Si bien en la actualidad no puede constituir ninguna sorpresa comprobar la radical insuficiencia de la mayoría de los campos abordados por la historiografía nacional, la situación de la historia de la ciencia argentina es aún menos satisfactoria que en las demás áreas. Aunque no se puede negar que desde fines del siglo pasado se haya acumulado una bibliografía numéricamente importante sobre el campo, esta se manifiesta inadecuada en función de las exigencias nacidas de un criterio histórico riguroso. Primero, la escasez de la misma en relación con la extensión de las materias y problemáticas por abordar. A pesar de que se podrían contabilizar quizás un centenar de libros y artículos que han incursionado en el tema, grandes zonas del desarrollo de la ciencia en la Argentina permanecen sin estudiar, careciendo disciplinas enteras de un adecuado tratamiento histórico, mientras que la falta de equilibrio en la cobertura de los distintos períodos es insoslayable. En efecto, aunque se conoce (de forma imperfecta y sin demasiada profundidad, por cierto) la historia del desarrollo científico argentino hasta 1940,<sup>1</sup> su evolución posterior a aquella fecha, salvo contadas excepciones, ni siquiera comienza a ser explorada. En segundo término, la ausencia de una problematización histórica del campo subraya su radical endeblez constitutiva.<sup>2</sup> Casi sin excepción, los trabajos existentes no se han planteado las preguntas imprescindibles para toda investigación histórica: ¿qué relación guardan entre sí los distintos hechos evocados?, ¿cómo han surgido y por qué adoptaron la forma que tuvieron?, ¿qué significado se les puede extraer en relación con el propio campo o con la historia argentina en su conjunto? Al no haberse propuesto responder a estos y otros interrogantes similares, la mayoría de las obras que nutren los anaqueles de la historia de la ciencia argentina no han podido superar la condición de mero compendio de informaciones interesantes, de catálogo o manual escolar.<sup>3</sup>

Es en el contexto de esta situación tan poco alentadora donde la obra de Cerejido

<sup>1</sup> Las crónicas de diversas disciplinas científicas publicadas con el auspicio de la Sociedad Científica Argentina durante los años 1920 son útiles como fuente de información, y para la época marcaron un hito importante. Lo mismo puede decirse de los distintos abordajes de la historia de la medicina argentina de Eliseo Cantón, también en la década del veinte.

<sup>2</sup> El conocido libro del matemático José Babini, su *Historia de la ciencia en la Argentina*, cuya primera edición data de 1949, representó un notable esfuerzo de síntesis, sobre todo en el contexto de la época en que fue redactado. En versiones posteriores, Babini efectivamente amplió el alcance de su libro hasta incluir informaciones sobre los años entre 1940 y 1960, pero éstas hubieron de permanecer necesariamente esquemáticas. Además, desde la perspectiva de 1991, no puede ya considerarse suficiente la organización dada por Babini a su material: se asemeja en sus capítulos sobre el siglo XX más a un catálogo de hechos y fechas que a una verdadera síntesis interpretativa.

<sup>3</sup> Hay excepciones. Principalmente, el libro reciente de Lewis Pyenson, *Cultural Imperialism and Exact Sciences: German Expansion Overseas, 1900-1930*, Nueva York y Berna, 1985; como también tra-

adquiere sus verdaderas dimensiones, integrando en consecuencia la nómina reducida de trabajos que han hecho un aporte significativo a la historia de la ciencia argentina, sin ser, en rigor, una obra de historia. Por el contrario, Cereijido prefirió desarrollar su interpretación a través de un libro de memorias personales. Dentro de la larga tradición memorialista de la literatura occidental, dos modelos parecerían haber regido al género. Por un lado, ha existido ese relato autobiográfico que persigue la reconstrucción verosímil y minuciosa de una realidad histórica total y de la experiencia que el autor tiene de ella. Aquí, los juicios formulados por el autor sobre los hechos y personas que componen su texto estarían subordinados a su intención mimética, constituyendo un ejemplo arquetípico las *Mémoires* del Duc de Saint-Simon. Por otro lado, de conformidad con el modelo de los *Comentarios* de Julio César, se han escrito lo que podrían denominarse, sin demasiada elegancia, "memorias de tesis", en las cuales se seleccionan los materiales de la narración en función de la interpretación que desea comunicar el autor, y donde éste renuncia a recrear en el tejido de su discurso un universo total. Entre estas dos tradiciones, el texto de Cereijido elige la segunda, opción que constituye la fuerza de su relato a la vez que le marca sus límites desde el punto de vista de la historia de la ciencia.

En efecto, gracias a esta elección, *La nuca de Houssay* ha evitado convertirse en un mero anecdótico, prefiriendo en cambio proponer una interpretación orgánica acerca del desarrollo de la investigación científica en la Argentina. Sin embargo, si bien el libro está articulado en torno de hipótesis interpretativas generales acerca de la evolución histórica del área (y de ese modo puede aspirar a superar en utilidad a la mayoría de las anteriores incursiones en el tema), su carácter autobiográfico lo lleva a emitir algunos juicios quizá demasiado parciales sobre personas y hechos, alejándose así de los niveles de objetividad que hubieran sido atendibles de una obra propiamente histórica.

El texto abarca el período 1943-1946, y los contenidos del relato se desenvuelven alrededor de dos ejes centrales. Evoca, por un lado, la cambiante relación entre el yo narrador de Cereijido y el campo de la investigación médica, constituyendo en este plano una suerte de *Bildungsroman* científico, mientras que simultáneamente describe el desarrollo de la investigación científica en la Argentina, principalmente en medicina, tal como lo pudo observar Cereijido desde su puesto de partícipe en el proceso. El nexos que une a estos dos planos es el propio Dr. Bernardo Houssay cuya nuca le aportó su título al libro. La figura del fisiólogo opera dentro de la economía del relato como un símbolo de las estructuras profundas que determinaron las direcciones posibles de desarrollo de la investigación científica en la Argentina, ilustrando ora aquellos elementos que gravitaron negativamente sobre ese proceso (tales como el autoritarismo), ora los que se manifestaron productivos (como la dedicación y el esfuerzo continuados frente a escollos políticos y presupuestarios).<sup>4</sup>

En el marco configurado por estos dos registros, cada capítulo está articulado en

---

bajos de José C. Chiaramonte sobre la época de la Ilustración o de Marcelo Monserrat sobre la segunda mitad del siglo XIX.

<sup>4</sup> Sobre Houssay, puede también consultarse una reciente recopilación de documentos: *Escritos y discursos del Dr. Bernardo A. Houssay*, Buenos Aires, Eudeba, 1989, editada por Ariel Barrios Medina y Alejandro C. Paladini, que si responde a una interpretación más bien oficial (camino a la "estatua de bronce"), no discrepa mayormente con la fisonomía retratada por Cereijido.



torno de un episodio o anécdota ejemplar, funcionando como prueba en apoyo a la línea de argumentación que otorga unidad al libro. De esta forma, la descripción de la situación política e intelectual de la facultad durante el régimen peronista, o de las tensiones y esperanzas que acompañaron la creación del CONICET, y de forma aún más tajante la oposición trazada entre las personalidades de Eduardo Braun Menéndez y de Houssay (auténticas vidas paralelas cuyo contraste contiene una enseñanza moral en la visión sustentada por Cerejido) trascienden su exclusivo valor de anécdota para transformarse en *exempla* iluminadores de la situación existencial de la ciencia argentina.

Como testimonio de una época en el desarrollo de la investigación científica argentina, este libro resulta muy valioso, y seguramente constituirá, por algunos de los datos que aporta, una fuente ineludible de consulta para el futuro historiador del campo. Empero, no es en este aspecto donde reside la principal contribución de *La nuca de Houssay*. Si fuera solo por su valor testimonial, su importancia no excedería la de un documento primario, y enfocado desde este aspecto —si bien el aporte global del libro se manifiesta superior a la media— una cantidad importante de sus descripciones históricas puntuales no le son privativas. Para dar solo un ejemplo, la evocación de las condiciones imperantes en el mundo universitario durante el primer gobierno peronista, aunque esclarecedora en cuanto a puntos de detalle, no aporta nada sustancial ni en su descripción de los hechos ni en su juicio sobre los mismos a una visión que testigos más cercanos en el tiempo, o mejor ubicados para acceder a tales informaciones, no hayan propuesto antes. No es posible ignorar, no obstante, que la porción del libro dedicada a la etapa posterior a la Revolución Libertadora ofrece efectivamente una serie de datos novedosos sobre procesos centrales del desarrollo científico de la época, tales como la reorganización de las facultades científicas en la Universidad de Buenos Aires o la creación del CONICET; pero el intento de Cerejido de encontrarle un sentido a los sucesos a veces tan disímiles cuya vivencia personal ha relatado es sin duda lo que constituye, desde la perspectiva del campo, su aspecto más valioso.

La interpretación que unifica el relato del texto señala que el factor determinante en el desarrollo de la ciencia argentina ha sido la pertenencia de esta a una cultura cuyos rasgos son esencialmente autoritarios:

El autoritarismo se me aparecía como la anticiencia, como una humillante traba al progreso. Y, sin embargo, yo tenía sobradas evidencias de que en nuestra mismísima actividad científica quedaban reductos de autoritarismo.

Esta verificación no es nueva: se la encuentra enunciada ya a principios de siglo, aunque con un lenguaje distinto, en aquellos escritos de José Ingenieros que veían a la historia de las ideas argentinas como una lucha sempiterna entre las fuerzas del oscurantismo y de la razón; en épocas más recientes, aparece como el sustrato de los modelos de una ciencia ideal tan difícilmente creíbles de Mario Bunge, sin que estas instancias agoten la nómina, ya que el nexo perverso entre ciencia y autoritarismo representa un *leit-motiv* de todo el pensamiento liberal europeo desde el siglo XVIII por lo menos. Sin embargo, aunque la idea no es original, y aunque Cerejido no la desarrolla sistemáticamente en tanto concepto,<sup>5</sup> la utilización que hace de ella para dotar de un marco interpretativo uniforme a la su-

<sup>5</sup> Una crítica quizá más fundamental es que Cerejido no considera el problema de las relaciones entre la producción científica en la periferia y aquella de los países industriales y científicamente hegemónicos, aspecto este que fue intensamente debatido por colegas suyos en los años abordados por el libro

cesión de anécdotas y episodios que arman el cuerpo de su relato representa un paso significativo en la elaboración de un modelo historiográfico para el estudio del desarrollo de la ciencia argentina no solo en aquellas dos décadas abarcadas por el libro, sino también para las demás épocas de su evolución. Para el período que trata, ofrece una interpretación simple y clara que podrá ser elaborada con mayor detalle mediante la consulta de nuevas fuentes documentales, matizada o contestada por futuros historiadores. En cuanto al campo más amplio de la historia de la ciencia en general, ofrece un modelo de cómo enhebrar una narración *événémentielle* con su interpretación, superando en este sentido a la mayor parte de las obras precursoras. Lo cual, en el actual contexto del campo, no es poco decir.

El estilo en que el libro está escrito es ameno, aunque su grado de perfección no llegue a justificar la declaración de la contratapa en el sentido de que "nada debe enviarse a la mejor literatura". Aun cuando la materia que trata es ardua, la exposición nunca pierde su claridad, y la distancia irónica que informa el conjunto de la narración le presta cierta elegancia inusual en esta clase de texto. Empero, hubiera sido deseable que Cerejido desarrollara con mayor detenimiento su discusión sobre el tipo de investigación que él y sus colegas llevaban a cabo en esos años, aun a riesgo de perturbarle al lector común su facilidad de comprensión. También es válida la sugerencia de que podría haber ampliado el espacio dedicado a la discusión de otros temas, como el de la relación entre las Fuerzas Armadas y la comunidad científica, o el de la incipiente institucionalización del sector y de las razones por las cuales resultó fallida. Con lo cual no está de más decir que se espera un segundo tomo que abarque los años posteriores a "la noche de los bastones largos": si siguiera las huellas del primero, la historia de la ciencia en la Argentina se beneficiará doblemente.

JORGE E. MYERS

Peter Winn, *WEAVERS OF REVOLUTION. THE YARUR WORKERS AND CHILES ROAD TO SOCIALISM*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1986, 328 páginas.

El proceso político que se abrió en 1970 —con la llegada de Salvador Allende al gobierno de Chile y, posteriormente, con el golpe de Estado encabezado por el general Augusto Pinochet y sus consecuencias para la sociedad chilena—, dio lugar a una amplia literatura, tanto en los países de la región como en los Estados Unidos. Muchos de los textos que aparecieron se articularon en torno de las causas que condujeron al golpe militar de 1973 y al carácter excepcional de la "ruta chilena al socialismo". En ese contexto de la producción histórica y sociológica sobre la experiencia chilena se inserta el libro de Peter Winn.

---

(Varsavsky, Jorge Sábato, etc.), y que ha sido explorado de forma magistral en el libro citado de Pyenson. Sin embargo, en función de los parámetros que él mismo se ha impuesto, es comprensible que haya evitado tratar esta problemática.

El autor concentra su atención en uno de los aspectos relacionados con las transformaciones sociales que se produjeron durante el ascenso y caída de Allende: la organización de los trabajadores, para lo cual toma el caso específico de los obreros de la fábrica textil Yarur S.A. Esa colocación que hace el autor de los trabajadores como protagonistas de la historia chilena, como sujetos históricos cuyo estudio es tan importante como el de las clases dominantes, y la forma en que enfoca el problema, es precisamente lo que permite ubicar este texto dentro de las nuevas tendencias en la historia de los trabajadores latinoamericanos.

En este libro Peter Winn pone en práctica lo que expresara en 1979 cuando llamó a estudiar

no solo los parámetros estadísticos y estructurales, las organizaciones nacionales y los más importantes movimientos huelguísticos, sino también la *experiencia* cotidiana y concreta de los trabajadores en la fábrica y la comunidad, sus niveles y estilos de vida, su cultura y conciencia, las divisiones internas y las relaciones con otros grupos.<sup>1</sup>

El concepto de "experiencia" (sin duda de inspiración thompsoniana) es el eje que permite articular la vida dentro de la fábrica y en la comunidad, las relaciones que establecen los trabajadores entre sí y con sus dirigentes gremiales (incluidos los burócratas sindicales) o con los actores políticos nacionales. El mecanismo utilizado para captar las percepciones de la clase obrera fueron fuentes de tipo no tradicional, como los testimonios orales.

En este sentido, el libro es también revelador de lo que se puede hacer con esos testimonios. Posiblemente si Winn se hubiera limitado dentro de los estrechos márgenes a percibir la historia a través de los ojos de los trabajadores, los testimonios orales no hubieran sobrepasado los marcos de su propia subjetividad. Pero como fueron aprehendidos en estrecha relación con el contexto del proceso de industrialización y de la emergencia de los partidos políticos y de las organizaciones laborales en el orden nacional, y fueron confrontados con los testimonios de los empresarios y los discursos políticos; el resultado es una visión de la historia de Chile entre 1930 y 1985 en la que desfilan de manera coherente el papel del Estado en el proceso de industrialización, la vinculación de los empresarios chilenos respecto al capital y a las tecnologías extranjeras, el paso de formas patriarcales de administración de empresas al taylorismo, las políticas antisindicales de los empresarios, el conflicto generacional en el interior de la comunidad trabajadora, la acción y las prácticas de los líderes sindicales, las relaciones de los trabajadores con el Estado, el papel de las clases medias, la creciente radicalización de los trabajadores, entre otras cuestiones.

El libro de Winn —sólido, bien estructurado y de fácil lectura— está dividido en varias partes interrelacionadas. La primera describe los orígenes de empresarios y trabajadores y el papel del Estado en el desarrollo de la industria textil chilena. Así pueden seguirse los pasos de Juan Yarur, un inmigrante árabe que se transforma de vendedor ambu-

<sup>1</sup> Peter Winn, "Oral History and the Factory Study: New Approaches to Labor History", en: *Latin American Research Review*, núm. 14, 1979, pp. 130-140. (El subrayado es mío.)

lante en Bolivia en uno de los más importantes empresarios de ese país y de naciones vecinas como Perú y Chile. En Bolivia no solo amasa una considerable fortuna como proveedor de las Fuerzas Armadas (en particular al calor de la Guerra del Chaco, entre 1932 y 1935), sino que acumula también una larga experiencia que le sirvió en los países lindantes, particularmente en Chile, para obtener del Estado la concesión de libre importación de maquinarias o préstamos del Banco de Chile. Ello le permitió la construcción de la fábrica Yarur S.A. de Santiago, dentro de la estrategia de sustitución de importaciones alentadas durante el gobierno de Alessandri. Al frente de su empresa don Juan Yarur tuvo la habilidad de mostrar que en una economía que combinaba industrialización e inflación con tarifas proteccionistas y control de precios podían lograrse inesperados beneficios, mediante una sagaz acumulación y posterior venta de materias primas, agregadas al control de la banca y la influencia política.

Por otra parte, dentro de Yarur las relaciones establecidas con los obreros tenían un fuerte componente patriarcal; esta política fue continuada por uno de sus hijos, mientras que el otro buscó la modernización mediante la contratación de expertos norteamericanos y la introducción del taylorismo. Los trabajadores estaban divididos en “jóvenes” y “viejos”, lo que reflejaba no solo diferencias generacionales sino también de experiencias. Los viejos trabajadores, provenientes de las áreas rurales, se habían integrado a la firma bajo el imperio de las relaciones patriarcales cimentadas por Juan Yarur, y muchos no querían perder su condición de “apatronados” por los beneficios que les reportaba. De ese modo, no es difícil concluir que en ese contexto una organización sindical independiente tenía pocas posibilidades de madurar.

Ya en la segunda parte, Winn se interna en las experiencias laborales —sin perder de vista el juego existente en las relaciones entre obreros y empresarios y viceversa— y en las posibilidades que se abrieron para la organización sindical con el triunfo del “Compañero Presidente”. Este movimiento fue conducido por una nueva generación de trabajadores —tal vez una nueva clase obrera más urbana y educada que los “viejos”— dispuestos a formar una unión independiente.

En las secciones tercera y cuarta se describe la toma de la fábrica y su socialización por el gobierno de Allende, marcando las complejidades de ese proceso y, sobre todo, las tensiones existentes entre revolución desde abajo y desde arriba, entre trabajadores y políticos, entre líderes y masas. Subraya también que la toma de Yarur marca un punto en la revolución chilena, en el que los trabajadores se transforman en verdaderos protagonistas.

En el último tramo se interna en las consecuencias que tuvo el establecimiento de la participación obrera en el control de Yarur. Estos van desde los desajustes que resultan de la transformación de los trabajadores en *managers* o sus habilidades para conducir el cambio de un régimen autoritario a otro más democrático en el interior de la fábrica, hasta los problemas vinculados con el mantenimiento de los niveles de producción y la calidad de los productos. Según Winn, el desafío fue grande y las dificultades se resolvieron positivamente, interrumpiéndose el proceso con el sangriento golpe militar de Pinochet. En suma, Peter Winn aporta una mirada sobre un sector social: los trabajadores. Detalla diferentes aspectos de una revolución desde abajo que empuja al gobierno hacia un proceso de socialización y señala, al mismo tiempo, que el caso de Yarur sirvió de modelo a otros trabajadores al impulsar su radicalización.

Desde esta perspectiva, según Winn —y también según otros autores— la cuestión

crucial del período se ubicó en el ambiente de la Izquierda, que debía resolver la relación entre masa y elite política. Considera que la dirección del proceso revolucionario no fue suficientemente transparente —como tampoco lo fue quien decidía las tácticas y estrategias—, para que pudiera impulsarse la participación de los trabajadores en una dirección más revolucionaria. Sin embargo, este aspecto no queda suficientemente claro, ya que, como el mismo Winn señala, el cambio político —y junto con él la actitud del Estado— favoreció la acción de los trabajadores. De esta manera, la problemática parece insertarse en una zona mucho más fluida, marcada por constantes interrelaciones que están un poco desdibujadas en el análisis.

Otra zona problemática puede encontrarse en el tratamiento de la participación de la mujer. Peter Winn intenta no dejar de lado las cuestiones vinculadas al “género”, pero lo hace de un modo muy superficial. En todo caso, en el libro queda al descubierto lo que parece advertirse en una tradición en los estudios sobre trabajadores: un inadecuado tratamiento de los niveles de participación, organización y movilización de las mujeres, y un claro divorcio entre los estudios sobre la clase obrera y los provenientes de las llamadas “historias de mujeres”, que pueden aportar mucho sobre estas cuestiones. En efecto, si consideramos algunos de esos trabajos, los interrogantes se dirigen a detectar y explicar por qué las mujeres se movilizan y organizan para resolver problemas de vivienda, alimentación o empleo, y por qué es tan débil su incursión en la movilización sindical.

Por otra parte, y a pesar de que el autor se detiene sobre las transformaciones organizativas en el nivel de la empresa, y considera un aspecto importante de la dinámica capitalista como es el cambio tecnológico, soslaya su impacto sobre los trabajadores de distintos sexos, y en consecuencia, sobre las desigualdades que se generan.

Estas observaciones no opacan los méritos de un libro cuyo atractivo es mostrar un rumbo posible para analizar a la clase trabajadora: la combinación de historia de empresas e historia oral. Parece relevante destacarlo porque es un camino poco transitado por quienes investigan la historia del movimiento obrero en la Argentina. Sin duda, la historia de la clase obrera argentina debe ser revisada con nuevos interrogantes y nuevos problemas, y muchas veces no queda claro cuáles son los caminos que lo permitirán. El libro de Winn señala la fábrica, que es una senda para analizar los conflictos de clase teniendo en cuenta distintos aspectos: uno de los lugares donde este se articula; el carácter de las empresas y los cambios en su organización y administración, y los protagonistas de esa relación, es decir, obreros y patrones. De ese modo, es posible conocer los ámbitos donde se relacionan trabajadores y empresarios y las dudas, expectativas, divisiones internas o diferencias que los llevan a enfrentarse o tolerarse.

MIRTA ZAIDA LOBATO

Noemí Goldman, *EL DISCURSO COMO OBJETO DE LA HISTORIA*, Buenos Aires, Hachette, 1989, 305 páginas.

El objetivo del erudito libro de Noemí Goldman, *El discurso como objeto de la historia*, es el de inscribir en el espacio de su disciplina, la historia, la problemática del análisis del discurso. Cuestión irrenunciable a partir de la llamada explosión semiótica, el libro de

Goldman se liga a la polémica contemporánea y constituye una puesta al día de las discusiones que el tema ha suscitado en el interior de la tradición lingüística e historiográfica francesa.

El libro se estructura en tres apartados, un breve glosario de términos técnicos y un apéndice bibliográfico. No incluiremos en este comentario referencias al tercer apartado, que Goldman titula "Trabajos de historiadores en análisis del discurso". Los artículos allí comprendidos pertenecen a Régine Robin y Jacques Guilhaumou, y constituyen una suerte de apoyo documental de la exposición que la misma Goldman efectúa en la primera parte de su libro: "El discurso como objeto de la historia".

Goldman propone una historia de la teoría del discurso como elemento excluido de la tradición de su disciplina: "La historiografía no tematizaba la discursividad del documento histórico, su lengua, su escritura" (p. 19). El problema reside, entonces, en la obturación de lo evidente. La historia trabaja con documentos, pero opera como si ellos fueran transparencia reveladora del hecho. Sin embargo la tematización de lo discursivo supondrá tener en cuenta tres dificultades: en primer lugar, la de la articulación del análisis del discurso a cada disciplina; en segundo lugar, la de la configuración del archivo, espacio de dispersión de lo que antes era estatuido como recorte —el *corpus*—; por fin, el trayecto teórico desde el análisis del discurso político a la historia social de los textos.

Respecto de la primera cuestión, esta remite al asunto del análisis del discurso como espacio de encuentro y dispersión de las prácticas disciplinares de historiadores y lingüistas. Goldman señalará, a través del relato de su experiencia de conocimiento, cómo fue posible delimitar los enfoques pertinentes para la lingüística y para la historia. El reconocimiento de la obra de Régine Robin, jalonado de una multiplicidad de pequeños casos, ejemplos, dificultades, permite establecer un hito importante, dado que la historiadora francesa establece un punto de vista diferencial y relevante para los historiadores en análisis del discurso: no es la estructura interna sino las condiciones sociales de producción del sentido lo que constituye el objeto de preocupación para el historiador.

La consideración del enunciado como enunciación —esto es, el análisis de las marcas que permiten establecer su relación con las condiciones sociohistóricas de producción— y no simplemente como enunciado tiene efectos sobre el segundo problema: el de la organización, delimitación o expansión del *corpus*. Goldman recorre desde el formalismo inicial de Harris hasta los procedimientos lexicológicos utilizados por Robin, desde la lexicometría hasta la determinación del campo semántico. Si bien el análisis, en el nivel del vocabulario, permite advertir la polisemia de los términos, constituye una herramienta que debe ser completada con el análisis de los enunciados, tal como ha sido realizado por el equipo Revolución Francesa del Centro de Lexicología política de Saint Cloud. El estallido de los modelos gramaticales a partir de la semántica de la historia de J. P. Faye, permite advertir la delimitación de los espacios de confluencia y discontinuidad entre discurso, psicoanálisis e historia. Por último, el itinerario del historiador Jacques Guilhaumou, quien a partir de la determinación del trayecto temático establece las condiciones de emergencia del enunciado como dispositivo que permite circunscribir el lugar del acontecimiento. La narración de Goldman se detiene, morosa, en los ejemplos historiográficos, en las dificultades concretas, en los obstáculos del interdiscurso jacobino, en las modalidades de articulación de las operaciones enunciativas respecto de la coyuntura.

El análisis del discurso en cuanto objeto específico de la historiografía supone desplazamientos metodológicos. Del formalismo de Harris deriva la posibilidad de estable-

cer un *corpus* a partir de dos procedimientos de selección: las relaciones estadísticas y el saber histórico. Tal posibilidad produce inevitables efectos sobre el discurso historiográfico, que se escinde en descripción formal, ligada al modelo lingüístico, y explicación historiográfica, formulada a partir de un saber histórico menos controlable. El modelo hace crisis por cuanto no contempla la necesidad —otra recurrencia del texto de Goldman— de responder a la pregunta por las condiciones de producción, a la cuestión de la articulación entre discurso y prácticas. El *corpus* estalla en archivo, en cuanto dispositivo —en el sentido foucaultiano— que permite establecer los sistemas que instauran los enunciados como delimitación del acontecimiento.

La categoría de formación discursiva será el eje de una tercera trayectoria, pues remite a la cuestión de la articulación entre discurso y prácticas sociales. Goldman recorre entonces el tercer aspecto de su problemática: el paso del análisis del discurso político a la historia social de los textos marca el distanciamiento entre su propuesta y la señalada por la tradición marxista.

Para Pêcheux el discurso es materialidad en cuanto manifestación particular de la materialidad ideológica, pero no manifestación en el sentido de interior que expresa o está determinado por una práctica exterior. El asunto, polémico por cierto, remite a la irrenunciable heterogeneidad entre historia, lengua e inconsciente, y a los vericuetos del coloquio “Materialités discursives”, llevado a cabo en Nanterre en abril de 1980. El relato de las posiciones y polémicas del coloquio excede con mucho una nota bibliográfica. Solo señalaremos que, una vez más, se reitera la estructura. El discurso de Goldman refiere, opera como co-texto del texto construido por otros sujetos; otras voces, polifónicas y múltiples atraviesan su discurso. No será otra su propuesta respecto de la posibilidad de realizar análisis del discurso como parte de la práctica del historiador: “la noción de co-texto posibilita, en la medida en que significa la construcción de relaciones co-referenciales al texto, encontrar un más allá del *corpus* que sea del orden del texto” (p. 88).

El discurso de Goldman acerca de la relevancia de la teoría del discurso como herramienta necesaria para el investigador responde, precisamente, al espacio de decibilidad de su propia disciplina. Nos ofrece un discurso construido bajo el signo de la historia, obedeciendo a las reglas discursivas de su campo disciplinar: es narración secuenciada y redundante acerca del transcurso de la incorporación del análisis del discurso a la historiografía, desde las etapas iniciales hasta los desplazamientos epistemológicos. Secuenciada porque Goldman marca los acontecimientos, los autores, los grupos, los debates y los obstáculos; recurrente porque en su discurso retornan inevitablemente los puntos centrales de la discusión a través de las posiciones enfrentadas de formalistas y marxistas. Finalmente, la solución se orientará en el sentido señalado por Robin y Guilhaumou: la materialidad del discurso histórico como delimitación del acontecimiento es hallable solo en el espacio del archivo. El discurso del historiador es co-texto, esto es, supresión del lugar del enunciadador, continuidad trazada a través del diseño cuidadoso de la red de co-referencialidades respecto del texto histórico mismo.

La historia del discurso como objeto de la historia es el expediente necesario para la legitimación disciplinar del análisis del discurso como método pertinente para la historiografía. De allí la supresión del narrador actual y la construcción del aparato crítico, que opera como garantía de cientificidad y del carácter no ideológico de la posición del enunciadador (historiador).

La segunda parte del texto lleva por título: “El discurso político de Mariano More-

no", y constituye un modelo de análisis que Goldman propone a partir de la selección de dos técnicas fundamentales: la delimitación del trayecto temático, y el establecimiento —a través de procedimientos derivados de la lingüística— del campo semántico de los términos relevantes del discurso morenista.

El objetivo de Goldman es, por una parte, producir una crítica del discurso historiográfico tradicional acerca de Moreno, y, por la otra, mostrar la continuidad entre la posición teórica del secretario de la Primera Junta y su práctica revolucionaria. La metodología de trabajo se ajusta estrictamente al diseño de los trayectos temáticos, que al ligarse a una cronología precisa permiten recorrer el sistema de transformaciones de los enunciados en relación con el contexto histórico.

Por otra parte, Goldman recurre a la categoría de campo semántico. Este se estructura en torno a las palabras *pueblo/pueblos-patria*, seleccionadas sobre la base de razones estadísticas, lingüísticas e históricas.

La documentación seleccionada constituye un *corpus* diseñado a partir de la homogeneidad de las fuentes en función de la delimitación del contenido. En síntesis: el modelo ofrecido por Goldman podría ser considerado como una adecuación del sinuoso recorrido metodológico de la primera parte, adecuación que responde a su *habitus* de historiadora: borramiento del enunciador, dado que es Moreno mismo quien habla garantizando así el estatuto de verosimilitud del discurso.

El procedimiento por el cual el sujeto del enunciado oculta al sujeto de la enunciación opera como garantía de la narración histórica, como reconstrucción lo más ajustada posible de un sucedido que, efectivamente ha tenido lugar, ya sea como inscripción en la memoria colectiva, o como referente "externo" a toda discursividad. Goldman preserva de este modo, como buena historiadora que es, el prestigio de lo verosímil. Por último, cabe señalar que la utilización de criterios excesivamente formales en cuanto a la selección del *corpus* —dejando de lado la noción de archivo— obliga a Goldman a incluir en su excelente trabajo un recurso clásico en la organización del discurso historiográfico: una biografía de Moreno bajo la forma de una nota, síntoma tal vez del enorme peso del *habitus* como necesario lugar en el que se inserta todo intento de renovación disciplinar.

En pocas palabras, el libro de Goldman ofrece una enorme cantidad de información acerca de la problemática del análisis del discurso.

Es un excelente y bien documentado estado de la cuestión con un sesgo más que pertinente: el de estar orientado hacia las preocupaciones de los historiadores. A ello se suma un modelo de análisis con el que se puede acordar o no, pero que constituye un fructífero programa a seguir: el de incorporar nuevos métodos al procesamiento de la documentación, aun cuando de ello surjan dificultades de articulación teórica para la propia disciplina.

ALEJANDRA CIRIZA



## NOTA A LOS AUTORES Y COLABORADORES

Los trabajos con pedido de publicación deben ser enviados a la secretaría de Redacción del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 25 de Mayo 217, 2do. piso, 1002, Buenos Aires, Argentina. En ellos, los autores deberán tener en cuenta las siguientes recomendaciones de presentación:

1. deberán enviarse tres copias del trabajo para su evaluación por árbitros externos al Comité Editor de la revista;
2. el texto deberá ser mecanografiado a doble espacio, en papel tamaño carta, escrito en una sola carilla y con márgenes razonables;
3. la extensión de los trabajos no superará en lo posible las 30 carillas para los artículos centrales; las 20 carillas para la sección "Notas y debates", y las 5 carillas para las reseñas bibliográficas;
4. los cuadros, gráficos y mapas se incluirán en hojas separadas al final del texto, y en caso de que se envíen gráficos y mapas, estos deberán presentarse en su versión final para facilitar su reproducción directa;
5. las citas y notas bibliográficas del trabajo se incluirán al final del texto, en hojas separadas y en el orden siguiente:
  - a) nombre y apellido del autor,
  - b) título de la obra subrayado,
  - c) volumen, capítulo, etc. (en su versión abreviada vol., cap., etc.),
  - d) lugar de la edición,
  - e) editorial o editor (solo si fuera necesario),
  - f) fecha, o simplemente año de la publicación,
  - g) número de páginas;
6. en el caso de citarse artículos se utilizará el mismo orden indicado en 5, citando entre comillas el título del artículo y subrayando el título de la revista de donde se tomó. Las referencias a revistas se indicarán según los siguientes ejemplos:
  - a) vol. 2      c) núm. 3
  - b) serie 3    d) tomo IV

En caso de reiterarse la referencia a un libro o artículo, se indicará la referencia "ob. cit". después de las primeras palabras del título, seguidas de puntos suspensivos;

7. Los números van en arábigos y se abreviarán (núm. 2); los volúmenes, en arábigos y se abreviarán (vol. 3); el tomo no se abreviará y se indicará en romanos (tomo X); página se abreviará (p. 8), páginas se abreviará (pp. 8-19).
8. Las ciudades y organismos extranjeros que tengan traducción al español deben aparecer en esta lengua.
9. Las citas no llevarán puntos suspensivos que indiquen omisión de texto al principio y al final: en medio de la cita, la omisión se indicará con signos suspensivos entre corchetes.

10. Las expresiones que indican década se escribirán como sigue: La década de 1980; los años ochenta; la década del ochenta. Es: el período 1930-1937 y no 1930-37.

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA  
"DR. EMILIO RAVIGNANI"

**Solicitud de suscripción**

Suscripción por el año .....

Nombre y apellido .....

Domicilio .....

Código y ciudad .....

País ..... Teléfono .....

Adjunto cheque\* del Banco .....

Núm. .... Por el valor de .....

\* a la orden de Facultad de Filosofía y Letras

.....

cortar aquí

Precios de la suscripción para particulares (año 1992, núms. 5 y 6)

Argentina ..... 22 uss

América Latina ..... 24 uss

Resto del mundo ..... 26 uss

Precios de la suscripción para instituciones (año 1992, núms. 5 y 6)

Argentina ..... 26 uss

América Latina ..... 28 uss

Resto del mundo ..... 30 uss

Los precios incluyen los gastos de envío postal.

Toda la correspondencia debe ser dirigida a la Secretaría de Redacción del Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", 25 de Mayo 217, 2º piso, 1002 - Buenos Aires, Argentina.

IMPRESO POR  
RODOLFO F. STANG  
COMBATE DE LOS POZOS 968  
BUENOS AIRES - ARGENTINA  
NOVIEMBRE DE 1991